

## JOSÉ ANTONIO MARTÍN VIÑAS

Nada mejor para conocer a un escritor que escuchar sus palabras; en una reciente entrevista, Josan, como lo llaman sus amigos y sus alumnos, nos recuerda momentos importantes de su vida; son palabras sencillas que rezuman ternura; así con esa naturalidad que lo caracteriza, consigue llegarnos al corazón:

“Mi nacimiento y crecimiento se ha forjado o, mejor, se ha horneado con pan gallego y con pan castellano; por eso, de mi madre, que es gallega, aprendí a mirar al mar y a la tierra verde de Pontevedra, y de mi padre aprendí a elevar la vista, para contemplar las murallas y el cielo santo de Ávila. En una aldea de Pontevedra viví mi infancia, entre surcos de maíz, mientras el orvallo me cosquilleaba el cuerpo y me ablandaba el corazón. Y en Ávila transcurrió mi adolescencia, entre estudios en el Alonso de Madrigal y partidos de fútbol, siempre acompañado de buenos amigos, que siguen velando por mí hasta el día de hoy. Y, finalmente, Salamanca me abrió el camino al amor filológico y no filológico. Después de pasar por unas oposiciones de Educación Secundaria y de recorrer la geografía castellanoleonés, mi destino está ahora con Calisto y Melibea en Santa Marta de Tormes [...] Y así, gracias a la lluvia, al juego sano y a la filología, se fue fraguando *Te tengo en cuento*, un conjunto de relatos que miran al mar de Galicia y al cielo de Castilla.”

### TE TENGO EN CUENTO

Cuando le preguntan a José María sobre el título de esta obra, responde: “*Te tengo en cuento* es una manera de invitar al receptor a entrar en el mundo mágico de las historias con las cuales nos identificamos. Si bien no vamos a empatizar con todas, mi pretensión es que, como los cuentos que nos contaban de pequeños, nos sintamos cercanos a los protagonistas, sobre todo por los ideales que defienden. Y el juego lingüístico se establece también con tener en cuenta, es decir, con el hecho de valorar o estimar la aportación del receptor-lector. Por otra parte, la palabra cuento es siempre muy familiar y cercana al ser humano como sujeto al que le gusta narrar, y por eso está en numerosas expresiones cotidianas: *cuento contigo; venir a cuento; dejarse de cuentos; destripar el cuento; echar mucho cuento; estar en el cuento (en el ajo); sin cuento, tener más cuento que Calleja...*”

Y sin más demora, vamos a acercarnos a algunos de los veintisiete relatos que componen esta antología; sin duda, no nos van a dejar indiferentes.

## REMEMBRAR EL MIMBRE

Del salón en un ángulo con penumbra estuve durante muchos años acogiendo las añoranzas de la abuela. Pero cuando la abuela murió, ya nadie estaba dispuesto a sustituirla. Poco a poco me fui llenando de polvo y recuerdos. Los nietos me pisoteaban y me zarandeaban sin miramientos hasta dejarme coja de una pierna, bueno, de una pata. Y un buen día decidieron echarme, porque los padres de aquellos niños habían resuelto sustituirme por un mueble más moderno, inútil, sí, pero moderno. Y así fue como a uno de los niños se le ocurrió llevarme a la orilla del mar. Durante aquel verano, aún me utilizaban para sentarse y tomar el sol, pero el verano pasó y, como un perro abandonado a su suerte, me quedé aquí, olvidada y solitaria, de espaldas al mar.

Todavía recuerdo cómo me moldearon, hace ya más de setenta años. Cada vara de mimbre se engarzaba con sus hermanas y poco a poco aquellas venas de madera me iban dando forma. Cuando me acabaron, me sentía viva. Si alguien se sentaba, yo rugía, me estremecía y mis venas soportaban el peso con valentía. Con el tiempo fui una silla de mayores, de respeto, y a ella se acercaban los niños y yo los acogía con cariño en mis brazos, mientras escuchaban con atención las historias de sus abuelos.

Las sillas de antaño veían en mí una elegancia inusual, por mi acabado perfecto. De hecho, estuve al servicio de una condesa. Pero, como sucede con los objetos, me fui quedando obsoleta y poco a poco me fueron degradando. Hasta incluso una silla de construcción rápida y eficaz recibía más admiraciones que yo, que había sido construida con mucha paciencia y labor. Pero con todo, era una silla cómoda para los ancianos y siempre los recibía con cariño, porque mis años y los suyos se aproximaban.

Aún puedo evocar mis primeros pasos, cuando el artesano introducía el mimbre en el agua y me iba construyendo y me daba flexibilidad. Todavía recuerdo aquella agua fresca y las horas que cada una de mis venas pasaba en el barreño.

Ahora me encuentro junto a la orilla del mar, pero nadie me da el último empujón para zambullirme de nuevo en el agua de mi niñez, para sentir por mis venas el frescor de la humedad. Hasta el momento solo mi sombra, cuando el sol se levanta por la mañana, bebe de esa agua y parece que a través de ella me llegara algo del rocío del alba.

Sé que, si nadie se sienta y activa mis venas, moriré acompañada con el silencio del tiempo, pero antes de que esto suceda, quiero hacerlo mirando al mar, mirando al agua de mi infancia. Por eso, si hay alguien cerca, por favor que me gire para contemplar el mar y olvide de una vez por todas los salones y los ángulos de penumbra en los que viví.

Aunque, si lo pienso mejor, tal vez con el tiempo unos ojos de artista me observen y sepan ver en mí muchas posibilidades estéticas, como las vio Van Gogh o Gauguin en sus sillas destartadas, porque el paso de la edad viste de añejo fulgor los objetos y les dan el sabor de lo eterno, de lo inmarcesible. Quizá con un título como "Soledad de silla con fondo de mar" o "Sombra de silla buscando el mar" un pintor se sentiría orgulloso de su obra. El arte me haría imperecedera y entonces no estaría sola en esta playa, porque, cada vez que alguien me viniera a visitar a un museo y comentara mis matices, me sentiría como si sobre mi mimbres una abuela se sentase, mientras sobre mis brazos los niños escuchasen un viejo cuento, el cuento de una silla de mimbres.

Elucubrar no me sirve de nada, pero, al menos, me distraigo. Sigo esperando. Estoy en la frontera del mar, entre el cielo y la tierra. Si alguien me gira, comenzaré a contarle todo. Me convertiré en la abuela y mi nieto, el mar, escuchará con atención mis vivencias y con su lengua de espuma las llevará a otros lugares, a otras orillas. No quiero morir de espaldas al mar. Que alguien me arroje al fondo para que, en un último suspiro, sea, al menos, asiento del viejo dios Poseidón.

Soy consciente de que las sillas hechas con mimbres llevamos en nuestras varas, en nuestras entrañas, muchas historias narradas por el bardo viento. Mientras, cual bebés, crecemos en los cañaverales y antes de que los artesanos nos moldeen para infundirnos una existencia digna, las suaves brisas nos van musitando palabras lejanas, ancestrales. En la mayoría de estas historias aparecen nuestras hermanas, las cestas. Algunas de estas historias están llenas de riqueza, pues en ellas la abundancia se derrama en canastas cargadas de perfumes y aromas que se pasean por Oriente, pero en otras cestas se depositan niños cuyos destinos cambiarán la historia de los pueblos. Me vienen a la memoria las historias de Moisés, de Rómulo y Remo o de Perseo. La flexibilidad y a la vez la fuerza de unas ramas de mimbres o de junco hacen del viaje una metáfora que explica cómo los héroes y los reyes surgen de la supervivencia y se enfrentan a su propia realidad desde un origen humilde. Desamparados, construyen su camino desde la incertidumbre. Por eso, seamos cestas o sillas, el viento y el agua nos preparan para ser dóciles, para servir y para viajar de unos lugares a otros, porque somos muebles movidos por el viento humano que se desplaza. Como cestas, somos el suministro de vida y como sillas, somos el descanso. Mientras con una mano alcanzan la fruta, el queso o las viandas que rebosan sobre las cestas, con el resto del cuerpo se reclinan entre nuestras varillas, que en un duermevela les vamos recordando tradiciones de épocas nómadas.

Y ahora, lejos de salones en penumbra, a cielo abierto, junto al mar, mi mimbres rememora, retiene y susurra historias eternas, perpetuas, sin fin...

## PASIÓN LATINA

**Muchos** años después, Pedro Fernando había de recordar la mañana fría de noviembre en la que, tras tomar una infusión en la pensión donde residía durante su periodo de estudios, salió a la calle y contempló el avance decidido de alguien que parecía volar por el empedrado de la ciudad más bulliciosa durante la noche, pero soberana y serena por la mañana. Salamanca se estaba despertando al ritmo de aquel traqueteo incesante. De pronto, ese ser misterioso se detuvo en un acceso a las dependencias de la Universidad y entró. Aunque las clases de Estudio se habían iniciado hacía ya algo más de un mes, Pedro Fernando no logró identificar a la persona que se agazapaba en una especie de capa marrón larga, ajustada a la cintura por un cingulo. El único mensaje que captó fue el sonido de unos zapatos sólidos. Su curiosidad le pudo más y aquella mañana, en lugar de asistir a sus clases habituales de Derecho, se dejó llevar por el extraño de la capa y entró en el aula donde impartía clase un tal Antonio de Nebrija.

La clase estaba muy concurrida, así que, tras una primera intervención del profesor, pronto surgió la polémica y la dialéctica sobre la gramática latina y la gramática en lengua vulgar. La persona de los pies inquietos, en aquel momento relajados y parapetados debajo del pupitre, intervino en diferentes ocasiones. Su timbre de voz, demasiado agudo en comparación con los demás intervinientes, dejó pensativo a Pedro Fernando. Pero su cuerpo acogió de nuevo su espíritu, cuando el desconocido se quitó su capa y vislumbró entre su largo cabello rubio la silueta de una dama.

A su mente de trovador frustrado le llegaron cientos de versos de exaltación de la belleza femenina, pero algo le indicaba que la época de los trovadores con lo cantos a sus dueñas estaba desapareciendo. En Salamanca se respiraba un aire nuevo procedente de Italia.

Aunque los demás concurrentes no se habían sorprendido ante la presencia de una mujer, para Pedro Fernando fue una sorpresa hallar una fémina en el centro de estudios propio de hombres. Y lo que más le sorprendió fue la dialéctica argumentativa que desplegaba. Pedro Fernando tuvo que reconocer que aún vivía con una mentalidad demasiado anclada en la lógica masculina.

La curiosidad le pudo más y pronto comenzó a entablar alguna que otra conversación casual con aquella joven docta, de nombre tan literario: Beatriz.

La acompañaba a la biblioteca de la Universidad donde se imbuía del conocimiento del filósofo Aristóteles. Sus argumentos lo enamoraron, pero Pedro pudo observar que en sus ojos no había lugar para el amor, sino para el conocimiento de la realidad, de Dios y de la mujer como centro para cambiar el mundo.

Le dijo que era un poeta frustrado, un trovador en horas bajas. Ella lo miró y le espetó:

- Pedro, sigues viviendo en un mundo en que el hombre supone que la mujer no sobrevivirá si no existe un poeta o cantor que exalte su beldad, pero nadie se ha parado a cantar nuestras hazañas, porque, al fin y al cabo, para el poeta, la belleza, por ser efímera, no cesa de renovarse constantemente en la piel de otras mujeres y es así como se perpetúa. Y la joven hermosa jamás saldrá de este círculo de primor creado por el hombre. Pero sus logros y sus proezas no serán recordados, porque esa parcela queda reservada a los hombres. Para los poetas, las mujeres somos hojas caducas, seres de belleza fugaz, y los hombres, hojas perennes, seres de hazañas eternas.

En ese momento y ante el testimonio de Beatriz, Pedro Fernando hubiera deseado ocultar su afición de bardo. Pero como ya era demasiado tarde, tal vez podría reconvertir su inclinación y celebrar por fin las hazañas de una mujer con un espíritu rebelde.

- Cuando me conociste, me dijiste que te sorprendió mi hábito y el hecho de que fuera mujer. Mis deseos de conocimiento me hicieron enfrentarme a muchas trabas y durante un mes asistí a clases vestida de hombre, enmascarada, escondiendo mi capacidad de discernimiento como el que más. Gracias a Antonio de Nebrija, pude desvelar mi identidad, pero hemos estado tan ocultas, que difícilmente me atrevo a asistir a clase sin cubrirme.

Aquellas horas intensas en la biblioteca le hicieron reflexionar a Pedro y a cuestionarse muchas de las premisas que habían jalonado la tradición literaria. Y aunque Beatriz no cesaba de analizar la filosofía del estagirita y le explicaba a Pedro que el movimiento como fenómeno universal en la propia naturaleza se define en función de potencia y acto, Pedro buscaba en Beatriz una opinión sobre literatura. Y ella lo complacía:

- Convendrás conmigo en que los héroes literarios son hombres y las mujeres tienen siempre un papel secundario bien definido. En las obras trágicas, la mujer podía morir por muchas causas, pero si moría el hombre, ay amigo, no cabía duda, la mujer fenecía por amor a él o por desamparo, pues ¿qué sentido tenía para ellas seguir vivas si les faltaba el amante? La respuesta es evidente: ninguno. Te pongo un ejemplo, el caso de Tristán e Isolda, una historia de amor cortés, en la que en apariencia él se somete a ella, pero en realidad este tipo de amor encubre una ironía, pues al final es ella la que cae y se humilla, puesto que, después de morir el amante, la mujer solo alcanza la salvación, si se inmolaba a su vera. Esta filosofía, tanto en la literatura como en la vida misma, continúa vigente hoy.

Amigo mío, nuestra cultura romana (y mira que a mí me encanta el latín) es una cultura del hombre, una cultura guerrera. Decía el filósofo Heráclito: "El combate es padre de todas las cosas. Todo sucede a modo de contienda". Todo surge por la lucha. Y por eso la historia está llena de guerras y la

literatura llena de épica. Hasta los sentimientos son guerras y enfrentamientos de sentires antitéticos. El amor es una lucha entre Marte y Venus. Por eso, para mí el conocimiento es una superación de la lucha y un encuentro con la paz y es así como, en la medida de mi razón, me alejaré siempre que pueda de la guerra y del amor.

Al pobre Pedro ya no le quedaban resquicios para llegar a su amor. En la mirada de aquella mujer había algo que sobrepasaba las barreras del amor físico para alcanzar la Bondad y el Bien.

A los veinte años, Beatriz era conocida en toda Salamanca con el nombre de La Latina, pues su conocimiento de esa lengua internacional superaba con creces a muchos de sus colegas. De hecho, no solo hablaba la lengua del Lacio, sino que escribía poemas inspirados en sus más grandes autores. Cuando la reina Isabel supo de sus conocimientos, la requirió como institutriz para sí misma y para sus hijas. Y así fue como Beatriz pasó a vivir en la Corte, dejando atrás a su familia y a sus amigos, entre ellos a Pedro Fernando, quien seguiría sus pasos hasta su muerte, como aquella mañana fría de noviembre.

Pedro, una vez concluida su carrera de Derecho, se trasladó primero a Sevilla, donde la vida bullía más que nunca impulsada por el trasiego de los nuevos descubrimientos geográficos, y luego a Toledo, no muy lejos de su admirada Beatriz. Por las crónicas, y a su pesar, supo de su matrimonio con un tal Francisco Ramírez. También conoció su muerte y la de Isabel, su amiga y reina, pero sobre todo sufrió por la defunción de sus dos hijos. Pedro sabía que su estoicismo y su rebeldía no la detendrían. Fundó conventos y un Hospital para pobres y enfermos y aquí fue donde Pedro la vio por última vez. En su rostro se intuían sendas de dolor, mas en sus ojos se asomaba el alma de una mujer que había sido consciente de su objetivo en la vida. Aquellos primeros pasos decididos y encaminados a romper barreras habían llevado a Beatriz a pasar de la capacidad o aptitud para ser o hacer algo al hecho o acto de serlo o hacerlo. Había pasado de la potencia al acto, según las premisas de su amado filósofo.

Pedro había decidido visitarla en Madrid y allí fue donde cayó enfermo. Una pulmonía lo llevó hasta el Hospital de Beatriz. Ella lo reconoció inmediatamente y algo se removió en su interior, pero ya no quería sufrir más.

Como si de un milagro se tratase, Pedro pareció recibir la energía de Beatriz y en apenas un mes se recuperó, en tanto que La Latina se iba debilitando. Aquel hombre que siempre había estado a su lado desde la distancia pronto lloraría su muerte y, aunque era un trovador frustrado, como había reconocido, quiso dejar testimonio de esta mujer en un soneto. Por fin, a través de esta breve composición que estaba revolucionando la poesía española, Pedro se redimía como poeta para siempre:

## HUMANA INMORTALIDAD

*En Salamanca y no en Roma naciste.  
El latín abrazó tu pensamiento  
y en ti albergó gran reconocimiento,  
siendo Latina allí donde viviste.*

*Consejera, doctora y guía fuiste  
y tu saber a muchos dio aliento,  
mientras perseguías conocimiento  
desde que a Aristóteles conociste.*

*Bea: ama, lucha, muestra osadía;  
querrá Crono enredarte en su armadura  
por ser dios obstinado en demasía.*

*Pero huirás de temporal dictadura,  
esquivarás su hoz y su cobardía  
y serás libertad, piedad, dulzura.*

El movimiento como fenómeno universal por fin se había instalado en la naturaleza de la mujer.

## TRUEQUE DE AMOR

ALDEA DEL OBISPO (1946)

**Avanzaba** lentamente la mañana y el fuerte de la Concepción se erigía silencioso sobre el Cerro del Gardón. Lo que antaño era un ir y venir de tropas, una percusión permanente sobre su suelo pedregoso, hoy se había transformado en soledad, en abandono, en silencio. Pero esta mañana, como otras, Rodrigo lo estaba velando. Era el único habitante de aquel lugar yermo. Sus ojos se perdían entre la fortificación y ascendían como lagartos por los restos conservados, hasta fijar su mirada en el cielo y en las nubes blanquecinas "como las que aparecen en la foto de la Torre Eiffel que tienen mis padres en la cocina", reflexionaba Rodrigo. Algún día él también visitaría aquella otra construcción mucho más alta que el Fuerte y seguro que mucho más concurrida. Su hermano se hallaba allí, en París. Se fue después de la guerra, cuando Rodrigo tenía cuatro años, pero lo recordaba perfectamente, en especial sus últimas palabras antes de partir: "El cielo es igual en todas partes. Cada vez que lo mires, yo te estaré observando". Un año después

llegaron noticias de él. Rodrigo se puso muy contento. La carta era una postal con la Torre Eiffel y con aquellas nubes en el cielo, las mismas que él contemplaba cada día desde su torre particular, el Fuerte.

- ¡Rodrigo, venga, a comer! - Sus padres hacían lo indecible para que su hijo pudiera llevarse algo a la boca. Aldea del Obispo, como otros pueblos de la comarca mirobrigense, era un lugar esquilado y roto por el pasado, un pasado aún demasiado cercano, pero con esperanza. "Lo peor ya ha sucedido –se decía su madre-. Si hemos sobrevivido a 1945, en que comíamos tres o cuatro veces a la semana y con apenas un caldo mal aliñado, el espíritu de lucha nos anima a seguir resistiendo". La delgadez se apreciaba en la piel de las personas y de los animales, pero también había una delgadez de ideas y de proyectos. Y este adelgazamiento de igual forma se manifestaba a unos pocos metros, en la frontera entre España y Portugal, donde una línea delicada dividía ambos países; era una comba difícil de saltar, a no ser que supieras jugar muy bien. Las autoridades sujetaban con fuerza los cabos de aquel fino filamento, aunque eran conscientes de que ellos tampoco podían escapar del juego. Y en el centro de las dos fronteras, el Turones, el río de la vida, fluía y no tenía inconveniente en formar pontones que comunicasen unos pueblos con otros. Si el río facilitaba el tránsito, por qué no aprovecharlo; por qué llamar contrabando al intercambio de productos, cuando la aduana, que es el río, no pone obstáculo ninguno. Trueque sería la palabra adecuada, trueque ha sido el modo natural de convivencia y de intercambio de mercancías desde tiempos inmemoriales, trueque es el modo de sobrevivir y trueque fue lo que los vecinos de Aldea del Obispo hacían con sus vecinos portugueses de Vale da Mula. Pero este trueque convertido en contrabando, según las autoridades hispano-lusas, transformaba los pontones en una barca conducida por el infernal barquero Caronte y, a una y a otra parte de la frontera, el can Cerbero ladraba sin cesar al saberse centinela del pasaje.

El gobierno de Franco, después de la hambruna pasada en 1945, relajó un poco las fronteras con Portugal, para que la población sintiera una ligera brisa de libertad y evitar en lo posible males mayores. En el otro lado de la barrera intangible, el dictador Salazar tampoco puso muchas trabas y, aunque entre ambos existía una relación de conveniencia y de cierta desconfianza, lejos quedaba ya el susto que se llevó cuando el dictador español se reunió con Hitler en Hendaya y temió que Franco le abriese las puertas hacia la conquista lusa.

Rodrigo, a veces por la mañana, a veces por la tarde, se había convertido en el rey sin corona de su castillo particular. Y allí seguía combatiendo a su manera contra los enemigos invisibles. Al anochecer, antes de regresar a su casa, percibía a lo lejos las siluetas de numerosos vecinos de la Aldea del Obispo que dirigían sus pasos hacia la frontera con Portugal. Desde la lejanía, a Rodrigo le parecían enanitos encaminando sus pasos hacia las minas en



busca de tesoros. Sus padres, a falta de alimento material, se preocupaban de que al niño no le faltase el puchero espiritual.

- Las palabras son almas que pasan de unas personas a otras y así viven y vivirán mientras cada uno de nosotros las conservemos en la memoria. Conversar y relatar es transmitir vida de alguien a alguien. Hijo, nuestra palabra es la única herencia que te podemos entregar – le recordaba su madre.

Rodrigo trataba de huir de la realidad a través de las puertas del cuento, por eso era rey, o príncipe, o caballero de aquella fortaleza en ruinas.

La noche suele ser aliada de los que emprenden aventuras, porque oculta los rostros y confunde las formas. Lo peor es cuando la luna artificial, la linterna, dirige su luz amenazante a los ojos. En ese momento, la noche rompe el pacto con el aventurero y lo deja a su ventura o desventura. Cuando los enanitos regresaban con su tesoro, los ogros reclamaban su parte. Huevos, patatas, cebollas o café comenzaban a deslizarse por entre los pliegues de las ropas como alpinistas bajando de una montaña a la que les había costado ascender. Y una vez más, los enanitos volvían a casa con lo puesto. Iban delgados y retornaban tan delgados o más. Alguno, por suerte, se sacudía al llegar a casa y aún conservaba alguna migaja que era celebrada por la familia. Había ocasiones, las menos, en que la luna artificial no salía esa noche y la alegría era inmensa en los rostros, aunque no pareciesen iluminados.

Entre Portugal y España, los contrabandistas y los mochileros eran numerosos y estaban bien organizados. En general, en Aldea del Obispo el tráfico fronterizo era de pura subsistencia, lejos de cualquier negocio lucrativo. Se trataba de una cuestión de supervivencia, por eso los productos incautados eran menores y tanto los *guardinhas* portugueses como los carabineros españoles hacían la vista gorda, porque, cuando descubrían a los vecinos de la Aldea o de Vale con mercancías, se las apropiaban sin dar cuenta de ello a las autoridades superiores. El hambre en aquellos años, como la muerte, embestía por igual a los humildes y a los que tenían el poder.

Uno de los productos que iba y venía de Portugal a España era el café. Portugal tenía numerosas fábricas de torrefacción y, aunque el café se podía conseguir con la cartilla de racionamiento, eran tan pocos los gramos que se repartían, que la gente aficionada a la bebida oscura no tenía suficiente. El aroma del café mezclado con el agua estimulaba los sentidos y, siempre que conseguía atravesar la frontera, se compartía un puñadito entre las casas vecinales de Aldea del Obispo y, por un momento, la población olía a algo más que no fuera pobreza y hambruna.

- Papá, ¿por qué te gusta tanto el café? – Rodrigo veía a su padre en una actitud tan mística cada vez que el líquido negro se aproximaba a sus labios, que no pudo reprimir hacerle la pregunta.

- Hijo, el café nos permite estar alerta y despiertos. Activa nuestros cuerpos desnutridos y nos mantiene en pie. Los portugueses, que son muy entendidos en café, me contaron una historia sobre su curioso origen.

Rodrigo, aunque era demasiado pequeño para ser estimulado por el café, no lo era para ser estimulado por los cuentos y las historias. Inmediatamente se sentó a la vera de su padre y mientras este, sorbo a sorbo, disfrutaba de aquella infusión divina, fue desgranando el contenido del café, palabra a palabra, frase a frase.

- Cuentan las crónicas antiguas que un pastor de Etiopía vio cómo sus cabras u ovejas (porque en esto las crónicas no son claras), que habitualmente dormían a pata suelta, se mantenían despiertas e inquietas durante la noche, después de haber comido vainas rojas de un arbusto. El pastor probó el fruto y su efecto en él fue igual que en las cabras u ovejas. Los animales y el buen pastor se pasaban la noche en vela caminando de un lugar para otro. Como viera que aquellos granos no le hacían daño, solo lo desvelaban, cada vez que tenía que andar espabilado se hacía una infusión y listo. – Rodrigo no pestañeaba siquiera, mientras su padre le hablaba del poder despertador del café.

Al tiempo que su progenitor hablaba, el chico iba absorbiendo el aroma del café y se decía para sí: “Como siga oliendo este humo, esta noche no pego ojo”. Rodrigo quiso saber cómo desde África el café había llegado hasta Portugal. Y su padre, cada vez más despierto, siguió relatando más y más rápido.

- Dicen que el pastor por descuido tostó en una sartén los granos y observó que el resultado era aún más rico que si hacía la infusión con las vainas aún verdes. Una vez hecho el descubrimiento, se lo comunicó a los demás pastores de su entorno, hasta que los rumores llegaron a un convento próximo y, ya se sabe, los monjes enseguida le sacaron partido, sobre todo porque les permitía estar despiertos en las horas nocturnas de oración. Poco a poco, la costumbre de tomar café se fue extendiendo por Etiopía, hasta llegar a Italia y luego a América, en especial a Brasil, un país que perteneció a Portugal. Y desde allí, los portugueses lo llevaron como cultivo importante a otras zonas del planeta y por eso nuestros vecinos saben tanto de café. – Rodrigo quedó impresionado con el relato y rápidamente fue a su libro de Grado Medio a comprobar dónde estaban todos esos lugares tan importantes para una bebida que su padre absorbía entusiasmado.

El calor de julio había entrado con fuerza en Aldea del Obispo y todo su entorno. Rodrigo ya no percibía tantas nubes sobre el cielo que albergaba el Fuerte de la Concepción y comenzaba a aburrirse de ser el guardián de un lugar sin alma. Seguía oteando el ir y venir de gentes desde la Aldea hasta Vale. Y así, vestido con unos zapatos demasiado desgastados por los paseos alrededor del Fuerte, con su pantalón bermudas casi eterno y adaptado a

todas las estaciones del año y con su polo azul ya algo descolorido, decidió pasar a la acción. Quería ser un héroe y ayudar a sus padres, pues con diez años ya iba siendo hora de participar en el mundo y dejar atrás, aunque solo fuera por el momento, el Fuerte, que por aquel entonces ya no hacía honor a su nombre. No fue difícil encontrar un héroe y un nombre, ya que en sí mismo llevaba la semilla de las hazañas de un caballero castellano tan ensalzado en los últimos tiempos: el Cid. Sí, estaba decidido: a partir de ese momento sería Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador y, campando a sus anchas, conquistaría Vale da Mula, a pesar de los sofocos del verano.

Para ser caballero necesitaba al menos, no ya un caballo, pero sí una espada, una Tizona o una Colada. Y entonces, le vino la primera iluminación de un héroe: lograr conquistar otro territorio, pero sin que se notara mucho y traer, como hacía el Cid con el rey Alfonso, algún botín, en este caso algo que entusiasmase a sus padres. Pero lo primero era lo primero: antes tenía que hablar seriamente con sus progenitores. Y aprovechando un escueto almuerzo, les espetó:

- Quiero conquistar Vale da Mula. Necesito vuestro consentimiento, pero sabed que un héroe da la vida por sus padres y por su pueblo. – Los padres, bien porque no esperaban esa reacción de su hijo, bien porque aún no habían tomado café, se quedaron atónitos. Poco a poco se fueron despertando de su letargo y trataron de convencer al muchacho de los peligros que suponía pasar al otro lado de la raya. El chico insistía en su agilidad y buena disposición, además les planteó su juego de ser el Cid. Por otra parte, los *guardinhas* y los carabineros estaban demasiado ocupados en controlar el contrabando, como para fijarse en un niño que solo iba al otro lado a jugar.

El padre, entre el sí y el no, le fue preparando una espada, con vaina y todo, además de una adarga, un escudo redondo como el del Cid, y dibujada en su exterior una cruz y justo en el centro un botón, que parecía un clavo de Cristo, símbolo del sufrimiento y del valor. Su padre, que en otros tiempos había realizado silbatos, flautas y animalitos de madera, conservaba la técnica y no le resultó difícil realizar un escudo con una fina lámina de madera de pino. Para que el escudo pareciese abombado, ajustó por su parte interior una cincha tirante y clavó las abrazaderas, para que Rodrigo pudiese sujetarlo bien, pero antes de hacerlo, su hijo le dijo que quería forrarlo con una tela holgada, ya que ese detalle formaba parte de su plan estratégico. La tela debería ser opaca, negra a ser posible. Su madre le facilitó un trozo de sayo que pululaba por la casa. Y en cuanto a la espada, Rodrigo también buscaba algo especial: la quería de tubo, hueca por dentro, con una medida de ochenta y cinco centímetros de largo por cinco y medio de diámetro, y cerrada en su parte superior por un pomo de madera de un águila y en su parte inferior por una punta triangular. Su padre no daba crédito a la precisión que su hijo exigía a la hora de construir una espada de juguete, pero accedió a sus ruegos, a pesar

de que conseguir un tubo tan exacto le llevó varios días. Por fin, Rodrigo pudo asir con fuerza su espada. Su padre le hizo un águila espectacular de madera, con las alas desplegadas, de tal forma que, entre el cuello y el resto del cuerpo, Rodrigo la empuñaba desafiando a las fuerzas invisibles. Para disimular el tubo de plástico, lo revistió de papel celofán de color gris, el único que pudo conseguir. La vaina, hecha de cuero, la ajustaba Rodrigo a su pequeño cinturón que rodeaba el pantalón. Así armado, parecía un pequeño Cid. Y entre el sí y el no, el joven héroe estaba preparado para la conquista lusa.

- Alto a la autoridad. ¿Quién va?

- El Cid en persona, defensor de los débiles. – A una y otra parte de la raya se oían carcajadas y, siguiendo el juego, tanto los carabineros como los *guardinhas* llegaron a un acuerdo con el chaval para el santo y seña, y todos los días esperaban la llegada del muchacho.

- Alto a la autoridad. ¿A quién nos enfrentamos?

- Al Cid en persona, defensor de los débiles.

Y así fue como durante aquel verano de 1946, el Cid “en persona” viajaba con su salvoconducto lúdico de una a otra parte de la frontera, pero lo que no sabía la autoridad es que detrás de aquel juego había realmente un “defensor de los débiles”. El niño, con su desparpajo, se hizo amigo de otros niños portugueses de Vale da Mula, especialmente de una niña de su misma edad llamada María. Tuvo suerte, porque en Portugal las cosas tampoco andaban demasiado bien y el hambre corría por las calles, pero, al menos, en casa de María no faltaba de nada e incluso había para compartir.

Con la connivencia de María, el nuevo Cid puso en marcha su plan: ya que no tenía un caballo de verdad, se sirvió de una historia que conocía, la del caballo de Troya, -eso sí, un caballo de Troya muy particular y efectivo-. Cada mediodía, antes de abandonar Vale da Mula, nuestro héroe se refugiaba con su nueva amiga María en el cubierto por donde bullían numerosas gallinas ponedoras. Con parsimonia, como si de un ritual se tratara, extraía con cuidado el águila de madera e iba introduciendo en el tubo hasta doce huevos que se acomodaban perfectamente a las medidas diseñadas por él. Con la pericia de María, blandían con cuidado aquella espada en cuyo interior se guardaba un tesoro muy preciado. Una vez protegidos los huevos y acoplada de nuevo el águila, Rodrigo le contaba a María la historia de la gallina de los huevos de oro, transformada ahora en la espada de los huevos de oro. Ambos reían. Ni la espada de Alejandro Magno, ni la de Carlomagno, ni siquiera las dos espadas del verdadero Cid merecían tanto aprecio como aquella que a partir de ese momento se llamaría “Salvadora”. Al pasar la frontera, los guardias saludaban al Cid y él levantaba con cuidado su estoque en señal de acatamiento. Los centinelas, como Rodrigo y María, se reían también.

Los padres del nuevo héroe se alegraban de la inteligencia de su hijo.

- Dicen que la escasez agudiza el ingenio. Esperemos que ahora al tener el estómago un poco más lleno, no nos relajemos y vivamos distraídos – apuntaba su madre.

- No os preocupéis, ya que, mientras haya café, nuestras mentes seguirán estando en alerta, sobre todo las vuestras –apostillaba Rodrigo. Y entretanto la familia sonreía, de la espada “Salvadora” y milagrosa brotaban ora huevos, ora harina, ora café.

- A este paso, pronto llegarán gallinas, cerdos y demás animales –bromeaba su padre.

La sorpresa fue mayúscula cuando un día desprendió con cuidado la tela interior del escudo y extrajo un mollete de pan, semejante en tamaño al escudo. Ante tal cantidad de comida, sus padres le aconsejaban que no se arriesgase tanto, no fuera que, de ir mucho el cántaro a la fuente, al final se rompiera. María era la artífice de toda aquella comida, con consentimiento, claro está, de sus padres. A cambio, Rodrigo solo le podía ofrecer historias de su país, historias del Cid verdadero solo le podía ofrecer historias de su país, historias del Cid verdadero, además de algunos paños confeccionados por su madre y sobre todo le podía entregar su amistad, por el momento.

Cuando la confianza entre ellos fue aumentando y también entre los niños que habitaban Vale da Mula, los invitó a conquistar el ya famoso Fuerte de la Concepción.

- María, ¿quieres ser la princesa de este castillo? Yo lo conquistaré para ti – declaraba Rodrigo, mientras María sonreía.

Con la presencia de los niños, el Fuerte parecía adquirir vida y a lo lejos, en el cielo, unas nubes blancuzcas le recordaban a Rodrigo que su hermano las estaba contemplando desde una gigantesca torre que algún día él conquistaría con su espada “Salvadora”.

Con ayuda de su padre, Rodrigo siguió construyendo espadas y escudos para él y para sus nuevos amigos del uno y otro lado de la frontera. El tiempo pasaba y las relaciones entre España y Portugal se fueron relajando más y más. La apertura que experimentó España en los años sesenta permitió a los españoles cultivar sus propias tierras con algo más de libertad. La economía agraria, la base fundamental, se fue desarrollando y la vida continuaba. Rodrigo y María se casaron en julio de 1966 y aunque seguían las dificultades, ambas familias separadas por la delgadez de una raya invisible pudieron compartir sus recursos. El campo, a uno y otro lado de la frontera, les fue dando lo suficiente para sobrevivir. Tuvieron cuatro hijos, a los que su padre y su madre les contaban los cuentos tradicionales y los cuentos reales vividos por ellos mismos y sobre todo estaba la historia de “Salvadora”, la espada mágica que pendía, como testimonio de un pasado compartido, de la pared de la habitación de María y Rodrigo. Y recordando las palabras de su madre,

Rodrigo les decía a sus hijos: "Las palabras serán posiblemente la única herencia que os podamos dejar".

#### ALDEA DEL OBISPO (2016)

Cincuenta años han pasado. Rodrigo y María están celebrando sus bodas de oro. En torno a ellos están sus cuatro hijos con sus numerosos nietos, además de la familia de María, y está presente también su añorado hermano, aquel que contemplaba las nubes de París por encima de la Torre Eiffel y que en 1966 pudieron divisar juntos, gracias a que su propio hermano le había pagado el viaje a París como regalo de luna de miel. Por fin le trofeo de la Torre que solo veía en la postal que aún conserva.

El Fuerte, hoy transformado en un hermoso hotel y restaurante, atesora, entre sus adornos con sabor antiguo diseminados por toda la construcción, una espada con un pomo de águila y las alas desplegadas, recuerdo de una conquista bastante más reciente para la memoria de los comensales que celebran cincuenta años de vida matrimonial, pero muchos más de trueque de amor.

Rodrigo recuerda en esta celebración a sus padres ya desaparecidos y, mientras huele y saborea un café que le hace estar alerta y despierto, contempla desde el salón donde se encuentra, y a través de unos ventanales, unas nubes canas, que son las mismas que vislumbraba como rey sin corona hace ya mucho tiempo.

#### AURORA BOREAL

Su tienda se llamaba "Al Sabotaje". Antes de colocar este rótulo había estudiado y combinado numerosos títulos, pero ninguno le había satisfecho tanto como este, escueto y muy significativo para ella. Era una mujer minuciosa, acostumbrada al detalle, a observar a los demás de los pies a la cabeza, aunque definitivamente se había detenido en las extremidades inferiores. Su madre siempre le había dicho: "Aurora, hija, tienes la cabeza a pájaros y, sin embargo, caminas firme, con los pies en el suelo". Y así era, su imaginación revoloteaba por el éter, pero su creación bajaba a la tierra para fijar su atención en el contorno de los pies. Fue su obsesión desde pequeña: conocía el movimiento lento de las pantuflas de su abuelo semejantes en su desplazamiento a la onomatopeya que invita a un inmediato silencio y advertía las chancletas de su abuela cuyo ruido recordaba al de las castañuelas. En realidad, Aurora no había reparado exclusivamente en los pies, como creía su madre, sino en el recipiente, en la protección que los envolvía.

El arte de caminar no está en los pies, sino en los zapatos que los ajustan. Esta era la máxima a la que había llegado Aurora después de tantos años de experiencia.

Su padre había sido zapatero remendón y por sus manos habían pasado botas, bambas, alpargatas, mocasines, zapatos planos, bajos, de tacón, abotinados. Para Aurora, entrar en el pequeño almacén de su padre, era entrar en un mundo de fantasía y sus juegos no eran vestir o desvestir muñecas, sino imaginar qué vida habían llevado todos aquellos zapatos. Su padre le dejaba acariciar aquella colección de calzados heridos por el golpeteo continuo y ella, con parsimonia, recorría con el índice de su mano derecha los contornos sinuosos de aquellos objetos mientras que la palma de su mano izquierda se extendía desde la punta del zapato hasta donde alcanzaban sus diminutos dedos. A la vez que su dedo pergeñaba la silueta del calzado, su mente recorría lugares, terrenos, suelos por los que ella jamás había transitado y quizá nunca transitaría. Aquella fascinación jamás la abandonaría.

Estudió, sí, porque había que estudiar, pero su estudio pronto se centró en el calzado y por fin, después de numerosas complicaciones, había podido abrir su tienda, su propia tienda: "*Al sabotaje*". Sonriente, imaginaba que sus futuros clientes se preguntarían por qué se llamaba así. A muchos les recordaría algún título de película añeja, pero ella se sentiría muy satisfecha al relatarles el origen de aquella locución que parecía asaltar al viandante, y de esta forma el cliente no olvidaría con facilidad tanto el nombre de su tienda como la historia que ella le había proporcionado.

Entre los miles de cuentos que sus abuelos y sus padres le narraban, todos contenían como elemento de algún conflicto un zapato, desde *La Cenicienta*, el más clásico, hasta el de *Los zapatos rojos*, una historia muy triste de una niña cuyos zapatos no paraban de bailar en contra de su voluntad. Pero, por contraste, se alborozaba con el cuento de aquellas princesas que por la noche, sin ser vistas, abandonaban su palacio a escondidas y bailaban sin cesar toda la noche y al día siguiente sus zapatillas aparecían desgastadas como si hubiesen recorrido numerosos kilómetros y también le divertía la historia de un dios de la antigüedad llamado Mercurio cuyas sandalias aladas le permitían surcar los cielos llevando noticias y mercancías (su padre siempre añadía: "sobre todo calzado") de un lugar a otro del mundo. La música había entrado en su casa con zapatos armónicos y lo había hecho a ritmo de rock, pues quien caminaba por su morada era el mismo Elvis, aquel que prefería que le robasen el dinero y el coche antes de que le tocasen o pisasen sus zapatos de gamuza azul. A menudo, el cine clásico, en blanco y negro, había saltado con Fred Astaire y Ginger Rogers a los pasillos y habitaciones y todos se elevaban del suelo, Aurora con ayuda de sus deportivas imitando los impulsos y zapateo de ambos bailarines, pues bien sabía que, en su casa, no podía usar las láminas de metal

que le permitirían marcar con energía el ritmo. Pero se contentaba con imitarlos.

Un día, su padre, un hombre tan apasionado por su trabajo que creó escuela en su hija, entre cuento y cuento lanzó al aire la palabra "SABOTAJE". Tendría Aurora siete u ocho años y ya su padre le había hablado de la moda parisina, de los numerosos museos que existían sobre los diferentes tipos de calzado, pero jamás le había comentado el secreto que escondía aquella palabra. Aurora conocía perfectamente muchos vocablos terminados en "aje", como garaje, traje, rodaje o paje (esta le gustaba especialmente porque le recordaba a los tres Reyes Magos), pero jamás había escuchado la palabra "sabotaje" y el caso es que le sonaba bien, porque tenía sabor, sabor a potaje. Pero nada que ver con sabor, sino con la palabra francesa "sabot" cuyo significado es "zueco o zapatilla con suela de madera". Su padre le explicó con todo detalle, como si de un cuento se tratase, que los trabajadores franceses, cuando tenían algún conflicto laboral, aplicaban una manera original de protestar que consistía en introducir los zapatos (*sabots*) entre los engranajes de las máquinas y así lograban paralizar la producción. Aquel término se le quedó grabado a Aurora y muchos años después acudió a su mente para rescatarlo.

Mientras colocaba su letrero con título de película antigua, recordaba los días previos cuando buceaba en expresiones sugerentes e incluso simpáticas, siempre con un toque de humor, porque Aurora consideraba que caminar invitaba al regocijo. Así, se le ocurrió algún título clásico en versión optimista: "*Vivieron con las botas puestas*", e incluso frases hechas con variantes irónicas: "*Aquí encontrará la horma de su zapato*". Entre todo este vaivén de ideas, eligió finalmente la memoria de su padre.

La tienda se especializó en calzado de vestir, pero pronto fue tal el éxito, que decidió que podría acoger toda clase de calzado, siempre manteniendo una línea elegante. Los clientes fueron aumentando en número, ya que Aurora no solo aconsejaba, sino que entregaba a cada cliente el zapato adecuado. Primero estudiaba la anatomía del pie y a continuación emitía su juicio: "tiene el astrágalo muy saliente, sin embargo, los metatarsianos apenas se perciben. Usted necesita un calzado ancho con empeine bajo".

Dos años llevaba con la tienda, cuando un día, entre los pedidos que ella solicitaba a menudo para abastecer el almacén, le llegó una caja especial a su nombre y con su número de pie, el 37. No era una caja de cartón, lo habitual para envolver los zapatos, sino que más bien semejaba un cofre de madera con incrustaciones de zapatillas en miniatura. Su distribuidor habitual le mostró con un gesto facial que no le preguntara sobre aquella caja misteriosa, porque nada sabía de su procedencia. Al abrirla, Aurora quedó deslumbrada: dos *soleae* se abrazaban en un ir y venir de cordones. Un olor a calzado recién salido del horno de fabricación impregnaba el ambiente y, sin embargo, por la forma en que estaban adheridas al fondo del cofre parecía que llevasen allí



mucho tiempo. Las suelas eran de color anaranjado, muy finas, aunque con una ligera elevación según se iban aproximando al calcañar del cual partía, ascendiendo por el talón de Aquiles, una lengüeta con cortes transversales a intervalos iguales por los que iban entrando y saliendo como minúsculas serpientes los cordones de color marrón.

Esperó a cerrar, se dirigió a un pequeño habitáculo que tenía en la trastienda, se sentó y, como si de un ritual se tratase, se calzó aquellas sandalias misteriosas. No tardó demasiado en atarlas, pues conocía perfectamente el mecanismo de hebillas de entradas y salidas de aquellos filamentos de cuero que se enroscaban en torno a sus piernas. Su padre le había dicho que existen zapatos que son casi células que llegan a constituir un todo con el pie como amantes que se unen en besos eternos. Y ella misma había leído que del pie parten numerosas ramificaciones de vasos sanguíneos y nervios que transmiten información al cerebro sobre diferentes sensaciones. Salió a la calle y no dejaba de contemplar sus hermosos calzados cuando el escaparate que servía de espejo le devolvió una vista panorámica diferente a la acostumbrada. Instantáneamente, miró a la derecha, a la izquierda, al frente, a la espalda y lo que vio la dejó petrificada: todo se había transformado en calles y avenidas colmadas de tiendas cuyas vitrinas exhibían zapatos de todos los rincones del mundo. Era la ciudad de los zapatos, la fantasía que siempre había tenido. Comenzó a caminar: los escaparates luminosos, lípidos, le devolvían una imagen de diosa del amanecer, de Aurora, vestida con una especie de túnica multicolor en tonos granates, rojos, naranjas y marrones acorde con el color de sus *soleae*. El pavimento que pisaba era un mosaico con imágenes inspiradas en cuadros que ella reconocía: allí se representaba *La Creación* en la que Dios entregaba con su mano derecha extendida un zapato a Adán o una *Adoración* en la que los Reyes Magos, con ayuda de un paje, le ofrecían al niño Jesús sandalias, babuchas y zuecos. Las *soleae*, como las que se usaban en la Antigua Roma, guarnecían sus suelas con unos clavos que le permitían a Aurora deslizarse por aquel suelo pedregoso. Y por fin zapateaba y bailaba como Fred Astaire y Ginger Rogers; se desplazaba como las princesas de los cuentos y procuraba contemplar cada cierto tiempo sus maravillosas sandalias, para no dejar olvidada ninguna mientras se movía de unas calles a otras, de unas avenidas a otras. Los demás zapatos, parapetados en sus vitrinas, parecían observar a aquella diosa con cierta envidia como queriendo formar parte de aquel baile. No supo cuánto tiempo estuvo danzando y contemplando el mundo a través de sus *soleae*. Cansada, se descalzó, descendió de su sueño y se dirigió a casa de sus padres con el calzado en la mano. Su padre la miró, sonrió y le dijo: "El dios Mercurio trajo ayer esas sandalias para ti". Ella le devolvió la sonrisa.

## EL LIBRO ANTIGUO

Como los hijos que llaman a la puerta de la existencia desde la nada, así llamé yo a la inspiración de un autor que me diese vida. En la clasificación, siempre absurda, de los que examinan escritos como el que yo soy, determinaron que mi origen era desconocido y por no tener madre ni padre me otorgaron el nombre de anónimo, y por eso, aunque yo sé de buena tinta quién fue mi autor, los demás, los investigadores, andan como locos rebuscando y analizando mis páginas una por una para descubrir algo, un vestigio, para escribir y elucubrar sobre mi padre o mi madre. Mientras yo ando, cual vagabundo, por bibliotecas y estudios, siendo objeto de bisturís de tinta. Semejante a como los bosques están llenos de árboles, así yo estoy lleno de letras, de palabras y de frases cuyas combinaciones son mis secretos. Solo el que me lea sabrá de mi existencia y podrá hablar de mí a otros. Los libros somos la vida de los que no pudieron vivir, somos los pasos de los que no pudieron andar y somos los ojos de los que no pudieron ver. Nosotros contenemos la verdad, porque procedemos del país de la memoria.

Me dicen anónimo, pero la experiencia del que me creó nunca la olvidaré. Ya soy viejo, pero siempre actualizado para las nuevas generaciones. Hace años, incluso siglos, que me parieron. Aún hoy recuerdo el cálamo y la impresión de la tinta sobre mis hojas. Mi padre se afanaba por llenar de vida mi inexistencia. Recuerdo los primeros días en los que con la luz tenue de un farol aquel amanuense pensaba y escribía, escribía y pensaba. El cálamo y la mano trazaban y rasgaban mi existencia; por mis hojas bullían los primeros balbuceos de personajes nunca antes creados. El roce que me producía el cálamo al entrar en contacto con la textura de mis hojas semejaba al embrión que se revuelve en el interior de una madre. A los nueve meses, más o menos, la pluma dejó de revolotear y cosquillear por mis caras y yo estaba preparado ya para comunicar mi nacimiento a quien se acercase a mí. Me sentía alegre, porque iba a dar felicidad a muchos lectores.

Pensaba que haría experimentar la libertad al que estuviese preso, amar al que odiase, conocer amigos al que estaba solo o viajar a quien no había recorrido más mundos que su entorno. A mi padre, que tan entusiasmado y orgulloso estaba de mi nacimiento, aunque estuve mucho tiempo con él, se le olvidó darme su paternidad y desde entonces soy un bastardo, un hijo ilegítimo, pero mi padre me quería mucho.

Cuando murió, un amigo suyo me encontró abandonado en un cajón de su escritorio y como no podía hacerse cargo de mí, porque no me entendía muy bien, decidió entregarme a una familia acostumbrada a tratar con hijos rebeldes y en este nuevo destino conocí a muchos hermanos, unos de padres conocidos, pero ya desaparecidos, y otros eran como yo, anónimos para los

demás, pero no para sí mismos. Aquel hospicio que nos acogió tenía miles de estantes y todos estábamos bastante bien atendidos. Algunos llegaron en un estado muy lamentable, heridos y con hojas rasgadas y caducas. Pero con la atención que tuvieron, enseguida recuperaron su lozanía. Aquel recinto que se llamaba biblioteca fue nuestra salvación. Casi todos los días nos limpiaban con paños suaves y teníamos muchas visitas. Algunos de estos visitantes incluso nos llegaron a coger cariño y venían todas las semanas para hablar tímidamente con nosotros. Hubo uno que me llevó con él a su casa y allí permanecí en su compañía durante unas semanas.

Hasta ahora no lo he dicho, pero yo soy un relato y contengo una historia de amor, por eso mi talante es amable y muy agradable para quien me lee. Provoco un gran placer en quien me hojea. Mi padre era un apasionado y, aunque nunca estuvo enamorado, sin duda el personaje femenino que creó en mí fue su amor verdadero, un amor para siempre, y así, quizá sin quererlo, creó también una madre para mí. Es la primera vez que un hijo lleva a su madre dentro, en sus entrañas, en sus páginas.

En aquellas enormes estanterías fui, con los años, conociendo a otros hermanos. Algunos de ellos no estaban contentos con su existencia. Unos decían que se sentían libros objetos, pues todo el mundo los citaba, pero casi nadie los había leído. Ellos habían nacido para ser leídos y se sentían defraudados porque quien los citaba solo recogía retazos de su existencia, así que eran libros-cita y en algún caso ni siquiera se respetaba su contenido. Otros libros compañeros eran un tanto pesados pues cuando pasaba un tiempo sin verlos exclamaban: "¡Qué alegría, dicha, felicidad, contento, satisfacción, placer, agrado, alborozo, algazara, júbilo... me da leerte de nuevo!" Ahí estaban otra vez los de siempre, los diccionarios de sinónimos. Pobres, qué enormes eran. Siempre decían que su gordura alimentaba y enriquecía el vocabulario de quienes los leían. En otra ocasión se me acercó un libro que parecía afligido, unas veces, y alegre, otras, ya amaba, ya odiaba; bien le parecía de día, bien de noche. La verdad es que vivía sin vivir en él. Era el diccionario de antónimos, siempre en continua oposición y contradicción. Lo suyo era un sin vivir. Nunca se ponía de acuerdo.

Miles de compañeros pululaban por aquel espacio interminable. Con algunos tuve un trato más íntimo y los conocí desde la primera hoja hasta la última. Muchos de ellos estaban muy cuidados y bien tratados, a pesar de la manipulación a la que habían sido sometidos. Recuerdo la textura de algunos que erizaban mis hojas. Todos ellos tenían un nombre muy especial y estaban orgullosos de él: eran los códices, unos libros de grandes dimensiones que estaban encerrados en vitrinas y se veían tan hermosos que se exhibían como si solo existiesen ellos sobre la faz de la tierra. Realmente estaban ufanos de la admiración que inspiraban, pero tenían un inconveniente, sus urnas vítreas jamás les permitirían viajar y conocer otros libros tan interesantes como ellos

mismos. Habitaban en palacios de cristal como aquellas princesas de los cuentos que nunca llegaban a ser felices hasta que un apuesto príncipe las libraba de sus prisiones.

Los años no pasan en balde y aquel refugio de acogida cerró, no se sabe de cierto por qué. Parece que unas revueltas y un cambio en los pareceres de la gente fue el motivo de su clausura. Según dicen, los libros siempre seremos hijos rebeldes que hacemos pensar demasiado a los que nos leen. Así que muchos de mis compañeros fueron quemados, aniquilados y pisoteados y otros quedaron destrabados, mutilados y rasgados, sin páginas que leer, sin páginas que contar. En aquellos días muchos vocablos y frases se perdieron para siempre. Yo tuve mejor suerte. Un relato de amor, en principio, es inocuo. Así, en esos días de alboroto volé, no sé cómo, a otros lares, a otras bibliotecas, con otros amigos más discretos, menos rebeldes. Y así fue pasando mi existencia entre bibliotecas, ferias de libros y estantes. Conocí toda clase de libros y de vida propia de un libro.

Y en tantos años, las experiencias son abundantes. No hace mucho llegué a una librería y, aunque no era un libro considerado como erótico –simplemente era un relato amoroso con algún toque sensual-, el librero me colocó entre los que exaltan la libido. En cierta ocasión, siendo ya de noche, y después de que el dueño de la librería hubiera cerrado la tienda y apagado las luces, de repente, sin mediar lectura o comentario alguno, un libro, mejor dicho, una revista –aunque por su forma y su número de hojas parecía un libro, pero de eso me di cuenta más tarde- abrió sus hojas y me mostró su interior de una manera impúdica. Al principio, le di a entender mi recelo, dado que nunca antes nadie, a lo largo de mi existencia, se me había insinuado tanto, pues siempre, según mi punto de vista, antes de cualquier relación, tendría que establecerse una cierta amistad de días o incluso de meses. ¡Qué anticuado estaba! Así, mientras leía el interior de aquella revista, que parecía un libro, mis hojas se estremecieron más de lo que era habitual, lo que me hizo temer por mi vida, pues mi edad no estaba ya para muchos sobresaltos; muchos de mis vocablos querían fundirse con las palabras seductoras de la revista porque sentían una fuerte atracción. Yo les advertí de que, si se separaban de los demás términos, los lectores nunca me leerían, por ser un libro incompleto. Al verme tan reticente, la revista, de un modo sensual, me pidió perdón y volvió a taparse con sus finas hojas.

En algún momento hallé varios libros un tanto desanimados con su propio destino, pues unos ya sabían cómo empezaban y cómo acababan y los más, aburridos de sí mismos, se entregaban a la lectura de otros libros más interesantes. A veces era tanto el tiempo que no se leían que, cada vez que querían retomar el punto en el que habían quedado, se habían olvidado de lo que sabían de ellos. Su vida era un continuo retorno al principio de su

existencia. Muchas palabras estaban hartas de ser leídas tantas veces y otras, en cambio, siempre pasaban desapercibidas.

Una vez estuve en una feria internacional y allí traté con libros de otros países. Yo estaba escrito en gallego, así que encontré muchas dificultades para hacerme entender con otros libros escritos en otros idiomas; sin embargo, tuve la suerte de intercambiar unos parlamentos con un libro que hablaba también en gallego, aunque su modo de hablar resultaba algo extraño, pues pronunciaba la erre muy especialmente. Cuando entablé conversación con él me di cuenta de que era un libro intérprete. Los libros intérpretes son mediadores entre los libros que no hablan más que un idioma. Esta es, sin duda, su ventaja; sin embargo, carecen de personalidad, ya que no hacen más que traducir lo que otros dicen. Se sienten, no obstante, muy útiles, puesto que casi todos los libros están escritos en un único idioma, excepto los más modernos que ya empiezan a mezclar diferentes lenguas, pero estos, en la mayoría de los casos, no se entienden a sí mismos. Hay también libros que no necesitan intérpretes porque fueron traducidos a distintos idiomas, pero a veces se lamentan, porque ya no es el primeros de ellos que se encuentra a sí mismo en otro idioma y no se reconoce. Un libro no debe, pues, perder su esencia, que es su propio idioma.

Hoy, ya cansado, estoy en las manos de un estudiante, y tanto en su vista como en sus labios voy deslizado palabras suaves.

Yo me considero un libro interesante, pero cuando conocí los libros de poesía tuve que reconocer que en muchos detalles me superaban. Los versos, el ritmo, la rima, las estrofas, su forma de ordenar las palabras me sorprendían. Yo tengo una sintaxis y un ritmo muy lineal, aunque no me falta estilo. Pero aquellos libros que leía y con los que, el crepúsculo, susurraba, me impregnaron de un sabor íntimo como cuando alguien lee un libro arropado por la sábana y por el efecto de una tenue luz. Así, muchas veces, mientras musitaba con ellos, reflexionaba:

*Verdes oteros de la nativa tierra  
durmiendo en un azul de humos quedos.  
Cerca de mi estáis, dulces cumbres,  
pero yo estoy muy lejos, lejos, lejos.*

Me estremecía y gritaba:  
*No duermas  
mi niño pequeño...  
bulle, grita, llora.  
Tu padre está fuera.  
Desgarra con los pies  
esta sábana  
de miedo.*

Me entusiasmaba y me alegraba:

*Blas*

*baila la muñeira, si eres capaz,  
arriba y abajo con piernas ligeras  
como si fuese aún un rapaz.*

*A mí y a Juan,*

*si útiles están,*

*las castañuelas tráenos, Ciprián;*

*y, con Farruca*

*y además con Andruca,*

*iremos siguiendo tu contrapaso,*

*aprisa saltando, como hacen los cabritos,*

*y removiendo con los zuecos en el suelo.*

Contemplaba el paso del tiempo:

*Bien sé que no hay nada*

*nuevo bajo el cielo,*

*que antes otros pensaron*

*las cosas que ahora yo pienso.*

*Y bien, ¿para qué escribo?*

*Y bien, porque así somos,*

*reloj que repetimos*

*eternamente lo mismo.*

Me sonreía:

*Allá arriba no sé dónde*

*os está no sé qué santo*

*y por rezar no sé qué*

*se gana no sé qué tanto.*

Me despedía con melancolía:

*Adiós ríos, adiós, fuentes;*

*adiós, regatos pequeños;*

*adiós, vista de mis ojos;*

*no sé cuándo nos veremos.*

Me enamoraba:

*Me miraste, te miré, nos miramos;*

*te sonreíste, me sonreí, los dos sonreímos*

*en nuestros ojos nuestra imagen vimos:*

*tú en los míos, yo en los tuyos nos retratamos.*

Lamento no ser poesía para llegar al alma de quien escucha y ama, de quien se enamora, de quien se despide, de quien sonrío, de quien contempla el paso del tiempo, de quien se entusiasma y se alegra, de quien se estremece y grita y de quien reflexiona.

Pero yo ya estoy impreso y escrito, y lo que está escrito, escrito está para siempre.

P.D.

Amigo impreso:

Yo también soy un libro, un libro que te contiene a ti y alguien me está escribiendo a mí para darte a conocer a ti. Sin mí tú no serías posible, porque vives en mis páginas y en ellas mueres, y yo moriré también si no hay un autor que escriba otro libro que hable de mí. Por ahora me conformo con darte a conocer. Espero, no obstante, encontrar un lector que te lea o, al menos, que algún amigo libro lo haga, porque si no es así, todos los libros acabaremos por leernos unos a otros, hasta que alguien algún día se dé cuenta de que ya no estamos en las estanterías, ni en las bibliotecas, ni en las librerías, sino en bibliolandia, ese país imaginario habitado por libros, viviendo y conociéndonos unos a otros, lejos ya del mundo que nos unió a los humanos lectores.

Un saludo, amigo libro, que eres tinta de mis páginas.

Para finalizar, vamos a acercarnos al microrrelato, también presente en esta antología. A propósito de este subgénero narrativo dice el propio Viñas, comparándolo con una cena: "no debe ser empalagoso, sería así como un fagonazo de intensidad, pero que te deja con ganas de más, para que tengas un sueño reparador y creador."

Veamos algunos ejemplos:

## EN EL AIRE

Y entonces el Céfito, el viento del oeste, comenzó a soplar con suavidad y la flora, por aquel golpe de aire, se alzó de su letargo invernal a la vez que lanzaba palabras al viento... de gratitud, y aquellas bicicletas, colgadas en su cueva artificial como murciélagos, empezaron también a despertar, estirando sus manillares y moviendo poco a poco sus redondas piernas. Con decisión, salieron a rodar por el mundo a su aire. Y mientras el viento del oeste las empujaba, entre los discos de sus ruedas se escuchaban las primeras notas de Vivaldi, saludando a la recién estrenada primavera.

## UN SOPLO

Se encontraron en una habitación. Cada uno era consciente de su propio desnudo, pero al mirar al otro solo distinguía una silueta negra. Aunque una luz los salpicaba, ellos se seguían viendo como perfiles oscuros, una fotografía en negativo. Sus contornos se acercaban. Lástima que con el último suspiro de la vela se desvaneciera el encuentro de aquellas sombras chinescas.

## EL CIENTÍFICO Y LA POESÍA

**Cuentan** que la mujer de un científico cierto día le preguntó a su marido:

- ¿Tú estarías dispuesto a poner la luna a mis pies?
- Si tenemos en cuenta que el diámetro de este satélite es de unos 3.476 km; que se encuentra a una distancia de la Tierra de 384.400 km; que completa su vuelta alrededor de la Tierra, siguiendo una órbita elíptica, en 27 días, 7 horas, 43 minutos y 11'5 segundos; que la superficie lunar está formada por montañas, cráteres y otras formaciones rocosas fruto del impacto de numerosos meteoritos, te podría decir con total seguridad que es casi imposible que yo solo te acerque la luna.

La mujer, desconsolada, consideró que su marido no había comprendido el mensaje y se retiró a sus aposentos a descansar.

A la mañana siguiente, el científico le había dejado un paquetito con una nota que decía:

“Un minúsculo fragmento lunar para mí, pero una luna para ti”.

Desde aquel momento la mujer comprendió que su marido, Neil Armstrong, además de astronauta, era poeta.

Hasta aquí ha llegado nuestra lectura de estos relatos intimistas y con protagonistas tan diferentes; ahora, solo cabe desear que hayan caído sobre un ávido lector deseoso de acercarse al conjunto de esta obra y dejarse adormecer por sus páginas. Por cierto, algunos de los textos que componen *Te tengo en cuento* fueron presentados a concursos literarios y resultaron ganadores o finalistas de los mismos, entre ellos figuran los cinco que han formado parte de estas jornadas de Fomento de la Lectura.